

César Pérez Gellida

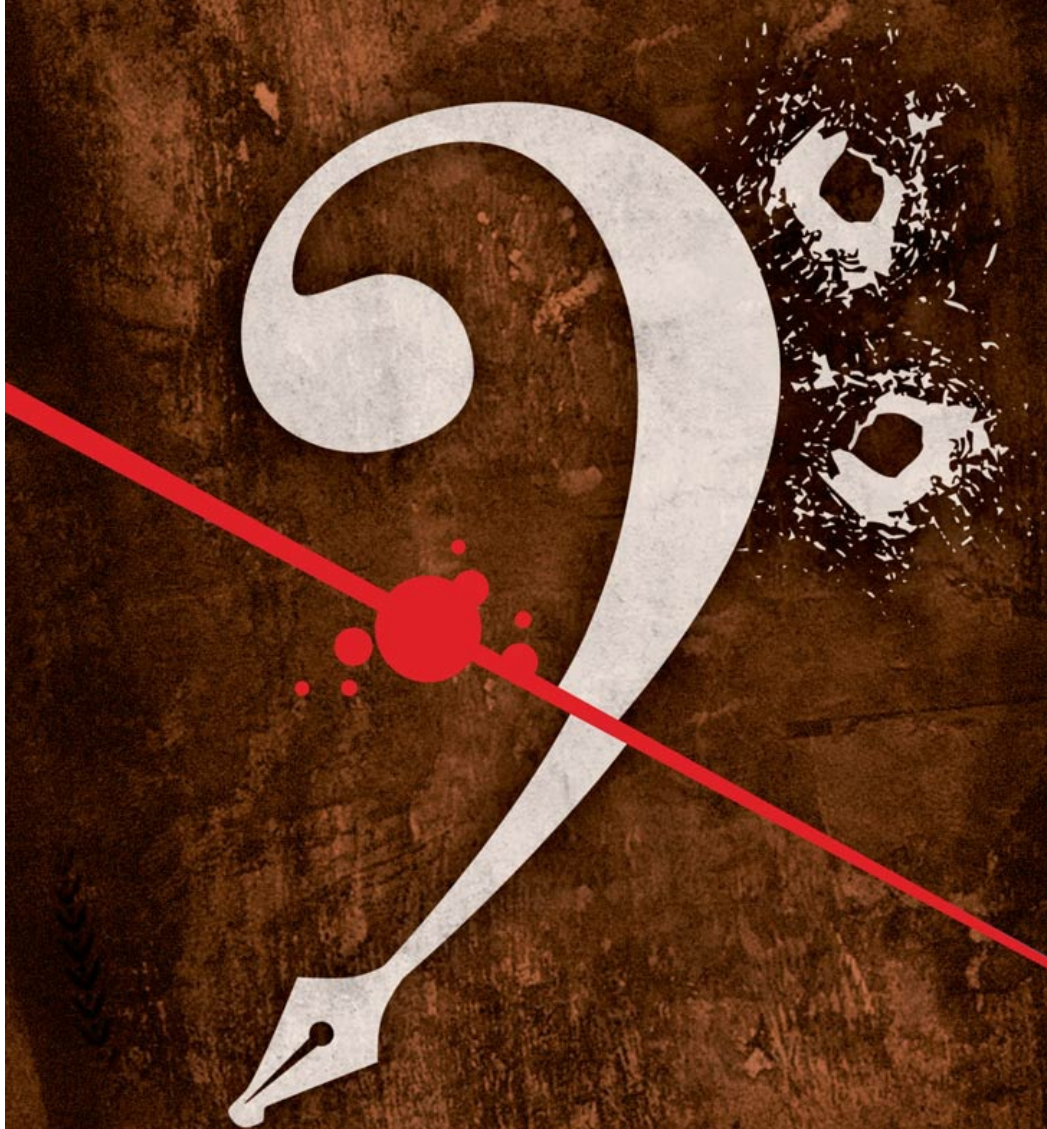
Indivisa Manent



SUMA
de letras

César Pérez Gellida

Indivisa Manent



SUMA
de letras

César Pérez Gellida

Indivisa Manent



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Era un juego y ahora es real](#)

[Era un sueño y ahora es real](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Era un juego y ahora es real

*Residencia de Augusto Ledesma
Barrio de Covaresa (Valladolid)
10 de septiembre de 2010, a las 17:05*

Como el pesaroso discurrir de la corriente por el curso bajo de un río cualquiera, aquella semana había progresado sin sobresaltos ni alarmas, sin conmoción alguna, sin novedades, como circula el agua sin meandros en ciernes, esperando a morir de forma imperativa en la desembocadura del viernes.

Un calendario inerme de una vida inerte.

Así, mientras podaba las ramificaciones secundarias que habían brotado en el abeto rojo, uno de mis bonsáis predilectos, pergeñaba la posibilidad de exprimir la noche.

Se iban a cumplir dos años desde que mis padres adoptivos fallecieron en aquel desgraciado accidente volviendo de Redipollos, muchos meses desde que Orestes se había instalado a perpetuidad en el bajocubierta, demasiadas semanas atrincherados aguardando a que llegara el momento. Teníamos un proyecto común, una gran obra por hacer, una sinfonía inacabada en la que a él le había tocado la batuta y a mí los instrumentos. Sin embargo, aquella partitura no se iba a interpretar hasta que el director no lo considerara oportuno y he de reconocer que hacía tiempo que había sobrepasado los límites de la paciencia.

Orestes prácticamente no salía de casa. Trabajaba toda la noche, dormía por la mañana y apenas coincidíamos unos minutos por la tarde, durante el cambio de turno. Era parte del procedimiento y casi nunca hablábamos de ello porque, según su criterio: «Cuando ya está todo dicho las palabras pierden su razón de existir».

Pero ese fin de semana él tenía que ausentarse por algún motivo que se

había empeñado en ocultar.

Ese fin de semana volvía a ser dueño de mi voluntad.

Ese fin de semana todo habría de cambiar.

–Vaya, vaya, hermanito, ese bonsái no tiene muy buen color –le escuché decir a mi espalda.

Me sobresalté, no le había escuchado bajar las escaleras.

–¡Joder! –protesté alimentando su júbilo.

–Te he dicho que hay que permanecer siempre alerta. Si me hicieras caso no te habrías asustado.

–En mi propia casa no tengo por qué estarlo –refuté–. Y hablando de colores, el tuyo no parece muy saludable.

–Puede que tengas razón.

Orestes desvió la mirada al espejo del vestíbulo y se acarició la mejilla con dos dedos, como queriendo comprobar que su piel seguía siendo sensible al tacto. Tenía una tonalidad cerosa, consecuencia de la casi carente exposición a la luz solar.

–¿Ya te marchas? –pregunté abemolando la voz, clavando los ojos en la maleta de pequeño tamaño que portaba.

–Sí. He avisado a un taxi.

–¿Y cuándo regresarás?

–No puedo saberlo. Martes o miércoles, quizá antes. En cuanto lo resuelva.

–No me lo vas a contar, ¿verdad? –me anticipé.

–No es estrictamente necesario que lo sepas, por tanto, carece de sentido intoxicarte con esa información.

–Sin embargo, ayer me dijiste que querías hablar conmigo.

–Y eso hago, pero de otro asunto más importante –enfaticó Orestes recalcando cada sílaba de la última palabra.

Dejé las tijeras de poda fina sobre la mesa y me crucé de brazos invitándole a iniciar su discurso.

–¿Recuerdas la última charla que mantuve con Pílates en el restaurante Milagros, hermano?

Asentí ligeramente con la cabeza.

–¿Cómo olvidarlo? Ha sido la última vez que has salido de casa; a mediados de mayo –añadí.

–Exacto. Durante la conversación le advertí, mejor dicho, le advertiste –corrigió– de que había llegado el momento. Le expusiste que todo estaba

planificado y tenías decidido qué camino seguir para completar tu obra.

–Planificación, procedimiento y perseverancia, lo tengo tatuado en mi memoria, básicamente es de lo único de lo que hemos hablado desde que decidiste trasladarte a esta casa, hermano.

–Decidimos –me corrigió endureciendo el tono–. Fue algo consensuado. ¿Te tengo que describir en qué estado te encontrabas después de que Paloma te diera la patada y tras el accidente de...?

–No es necesario –atajé.

–Bien. En este tiempo yo no he hecho otra cosa que trabajar ultimando los detalles de algo que te mostraré en su día, porque es el final de un camino por el que todavía no hemos comenzado a transitar. Saber dónde está la meta podría provocar que trazaras una línea recta, con el peligro que eso conlleva. No. Cuando regrese estará listo y entonces, solo entonces, empezaremos a planificar los primeros pasos. Y quiero insistir en que son estos los mas importantes. Cualquier pequeño traspie nos desviará de la senda que los dos hemos dibujado en nuestros sueños; un resbalón y todo se esfumará. Alcanzar la inmortalidad no es un objetivo sencillo. ¿Confías en mí?

–Confío.

–Entonces elimina esos oscuros pájaros que revolotean en tu cerebro y te picotean las neuronas, hermanito. O lo haré yo –me advirtió–. Controla tu voracidad, que es la mayor de tus debilidades. Juntos somos uno, separados ninguno. ¿Cómo era el lema?

–*Indivisa manent.*

–Permanecen unidos –tradujo él.

–Permanecen unidos –corroboré.

–¿Confías en mí? –insistió.

–Confío –insistí.

–Entonces sigue el camino de baldosas amarillas que hemos construido juntos –conminó Orestes repitiendo las palabras que en su día pronunció el psicólogo criminalista–. Ese y no otro es el que nos llevará a perdurar en el recuerdo de los mortales. Seremos recordados a perpetuidad.

Dio tres pasos hasta acercarse a mí y me agarró la cara con las dos manos.

–¿Confías en mí?

–Confío.

–Bien. Este fin de semana te quedarás en casa. Uno sale, el otro permanece. Ese es el procedimiento.

No pude evitar arrugar la cara y, aunque Orestes supo leer mi mueca contrariada, no quiso ahondar en el tema.

–Podrías aprovechar para fabricar otro juego completo de identidades, – sugirió dándome la espalda– tienes todas esas máquinas que compramos muertas de risa.

–Tengo cinco por estrenar –repliqué–. Pienso que serán suficientes...

–¡Tú no piensas! –vociferó entre dientes para no levantar la voz– ¡Esa es mi tarea! La tuya es actuar cuando yo te lo indique. ¿Es que aún no lo tienes claro? ¡¿Qué crees que hago todas las noches?! Seis juegos serán mejor que cinco y siete mejor que seis.

Me limité a aguantar su mirada cargada de ira.

–Me marchó. Te llamaré mañana –se despidió Orestes.

En ese instante noté que el corazón latía enfurecido e instintivamente me tomé el pulso en la sangradura del brazo izquierdo.

–*Indivisa manent* –le escuché decir desde la puerta de entrada.

El aire que me rodeaba se condensó conformando una atmósfera plúmbea, apelmazada. Me saqué los nudillos: siete de diez. Luego apreté los párpados con fuerza hasta trasladarme a otro sitio en el que pudiera respirar.

Más lejos.

Más allá de Ogigia^[1].

Cuando noté que me el aire volvía a circular con libertad por mis pulmones, abrí los ojos. Ante mí aquel bonito abeto rojo, el último bonsái que compró mi madre adoptiva, al que más tiempo dedicaba, al que más hablaba, abonaba y regaba, al que más quería. Prolongación de mis propias raíces, ramificación de mi impuesta dependencia, otrora paternal, embozadamente fraternal.

Nunca florecido.

Agarré con firmeza las tijeras de poda gruesa y centré mi atención en la rama más próxima al sustrato. El sonido seco y conclusivo me provocó una sacudida que recorrió mi espalda en sentido ascendente, el mismo que seguí yo a lo largo del tronco mientras cercenaba el símbolo de mi sumisión. Cuando solo quedó la que coronaba la copa me percaté de que una extraña sonrisa se había cincelado en mi cara. Salió despedida como las ramas que la precedieron; todas ellas esparcidas por la mesa conformaban el anagrama de mi liberación.

Solo quedaba una última tarea por hacer.

Con el rastrillo en una mano y el gancho en la otra, sincronisé un único movimiento con el que logré penetrar en la tierra. Escuché como se partían algunas raíces pero sabía que no era suficiente, definitivo. Removí con fuerza describiendo círculos con ambas muñecas hasta que noté que el tronco perdía sujeción. Entonces, tiré hacia arriba motivado por un ímpetu que nacía de alguna parte recóndita del estómago.

Cuando la última parte del bonsái tocó el suelo, yo ya era otro.

Me incorporé raudo y subiendo los peldaños de dos en dos llegué a mi habitación para seleccionar de forma minuciosa la ropa que luciría esa noche. Conecté el iPad y buscando algo que alimentara mi estado eufórico me acordé de un grupo que había descubierto recientemente: Lori Meyers. Busqué su LP *Cuando el destino nos alcance* y pinché en la primera canción. «Mi Realidad».

Lo siento por interrumpir
sólo he venido a preguntar:
me dice que soy infeliz,
¿qué puedo hacer por mejorar?

Psicoanalistas deprimí
con un trastorno bipolar
razones para desistir
y tiempo para imaginar.
Mi mundo que es mi realidad
¡Mi mundo que es mi realidad! –canté.

Me ajusté unos vaqueros desgastados y una camiseta bastante ceñida de corte entallado. Buscaba comodidad, así que me calcé mis Bikkembergs blancas mientras seguía canturreando la letra.

Yo no necesito hablar
para expresar una emoción,
me basta sólo con mirar.
Pero sí necesito amar
es mi única ambición.
¡Y es lo que necesito!

¿Qué puedo hacer por mejorar
mi mundo que es mi realidad?
¿Qué puedo hacer por mejorar
mi mundo que es mi realidad?
Mi mundo que es mi realidad.
¡Mi mundo que es mi realidad!

Grité aquella gran verdad contraviniendo las normas. Me miré en el espejo de cuerpo entero y, aunque mi atuendo era algo veraniego, esa tarde nublada luciría un sol insigne.

Sé que a veces tengo la sensación
de que no va a cambiar,
que sólo puede ir a peor.

Yo no necesito hablar
para expresar una emoción,
me basta sólo con mirar.
Pero sí necesito amar,
es mi única ambición
¡Y es lo que necesito!
¡Y es lo que necesito!

Bien despeinado a la moda y perfumado, bajé a prepararme un gin tonic de Hendrick's con Fever Tree. Con el sabor amargo en el paladar y el olor avainillado del Moods me dejé invadir por una emoción singular que quise clasificar como la libertad para tomar decisiones.

En el taxi que me bajaba al centro estuve tentado de llamar a alguno de mis falsos amigos, pero lo descarté de inmediato. Llevaba una temporada larga saliendo solo y aquella noche no sería una excepción. Ninguno de ellos me interesaba una puta mierda. José Ángel, con su halo de ejecutivo triunfador..., estaba tan pagado de sí mismo que sus nimios éxitos profesionales apenas le servían para tapar las enormes grietas que resquebrajaban su endeble personalidad. Vestía con desatino, se trastabillaba al hablar, bebía mucho y follaba poco, se perfumaba en exceso y su mujer era en sí misma un defecto.

Me generaba pena y asco a partes iguales. Gelete tenía treinta y ocho años y todavía consentía que le siguieran llamando Gelete. Nadie sabía el motivo, porque paradójicamente lo único de lo que podía hacer alarde Ángel San Juan era de envergadura, inversamente proporcional a su capacidad de debate cuando los temas de conversación se escapaban del terreno del juego y del capó de un coche. Trabajaba en un taller. Sus sempiternas uñas ennegrecidas me provocaban arcadas y los cuatro pelos que le asomaban bajo la ropa acariciando la nuez me recordaban a las patas de un infecto insecto que quisiera escapar de la prisión de su pecho. ¡Cuántas veces había soñado con pisotear a Gelete en el suelo, deleitándome con el crujido de su exoesqueleto! ¡Cuántas! De Pedro decíamos que llevaba en paro desde antes de que se abriera en España la primera oficina del INEM, circunstancia que compensaba con una novia con pasta: Nuri «la besugona» –por sus abultados ojos y voluminosa delantera–, que era muy amiga de tirarse a terceros, a cuartos si era menester y a los quintos de su pueblo. Pedro era sabedor de sus infidelidades, pero le importaba más bien poco mientras ella le siguiera pagando las cervezas y el tabaco. Lo único que me gustaba de Pedro era lo rápido que se emborrachaba y nos privaba de su oprobiosa presencia. Raimundo, Rai, daba tanta lástima como ser humano que apenas recuerdo haber intercambiado ninguna palabra con él distinta a un monosílabo. Todas las desgracias y males que pudieran cebarse con una misma persona las había experimentado en sus flácidas carnes antes de alcanzar la pubertad. Me cuidaba mucho de guardar cierta distancia de seguridad con él por el elevado riesgo de sufrir daños colaterales. Sin embargo, el destino había querido ensañarse con él castigándole a perpetuidad con la más cruel de las condenas. El desgraciado gastaba un cipote mayúsculo, un miembro tal que le hacía parecer miembro de una especie diferente a la nuestra. La primera vez que se lo vi fue en las duchas tras jugar un partido de pádel en el que se rompió las gafas al impactarle una bola que él mismo tiró contra la pared. Tuve que apartar la mirada. Un calibre desproporcionado; un despropósito descalabrado. La besugona aseguraba que, supuestamente antes de formalizar su relación con Pedro y estando muy borracha, se lió con Rai. Se asustó tanto que el pedo se esfumó en el acto y afirmaba que aquel apéndice enhiesto todavía le perseguía en sus pesadillas. Tamaña condición se había propagado entre las féminas como el fuego en un pajar y no había una que se le acercara, ni para hacerle una paja. Y por último estaba Chema, «el homoso». Un

juguete. Torpe como su padre, feo como la madre que apenas conoció. Siempre he sostenido que no era gay, pero cuando abría la boca se le deslizaban tanto las eses que mi argumento se perdía por la cuneta de la primera curva. Ahora bien, era un tipo letrado y con valores: terminó derecho con treinta y cuatro, un mes después de que muriera su padre. Este le dejó un paquete de acciones que sumaban un valor de dieciséis con veinte euros. El resto de la herencia fue una hipoteca que devoró sus escasos ahorros y los de su hermana, más fea que él por imposible que pudiera parecer. Hacía meses o años que no veíamos al homoso pero nadie se preocupó de averiguar qué tal estaba. Ciertamente, me importaba muy poco que estuviera vivo, enterrado vivo o en paradero desconocido, y en eso coincidía con el resto de los integrantes de la cuadrilla.

Preferiría ser desollado vivo o torturado con la música de Hombres G, que compartir cinco minutos con cualquiera de ellos. Por suerte todo parecía indicar que sentimiento era recíproco, puesto que ninguno me había llamado desde que España ganó el Mundial de fútbol, allá por el mes de julio. Aquella jornada termino mal. A Gelete no se le ocurrió otra cosa que dejarse llevar por la euforia y con el gol de Iniesta me buscó para abrazarme; y me encontró. Le partí la nariz de un único zambombazo y rompió a sangrar como un puerco en San Martín, tiñendo su camiseta blanca de Raúl con el color de «La Roja». Aún me arrepiento de haber dejado pasar la oportunidad de pisotear a mi invertebrado amigo.

–*Amicitia quae desinere potest, vera nunquam fuit*^[2] –pronuncié

–¿Disculpe?

–No hablaba con usted –le corté al taxista–. Déjeme aquí mismo.

Miré mi Hublot: las 19:10.

Buena hora.

Era un sueño y ahora es real

*Residencia de Augusto Ledesma
Barrio de Covaresa (Valladolid)
11 de septiembre de 2010, a las 17:35*

Estaba embelesado por el rápido ascenso de aquellas huidizas burbujas que parecían buscar desesperadamente un mundo mejor en la superficie. Hacía unos minutos que había despertado de una poco acostumbrada siesta y me había arrastrado a la cocina con la intención de comer algo antes de recluirme en el gimnasio del garaje. Encontré cierto paralelismo entre mi existencia y la efervescencia del gas hasta que concluyó el proceso de disolución de la aspirina en el agua y volví a la realidad.

Mi realidad.

No tenía muchas esperanzas depositadas en que los muy publicitados efectos analgésicos del medicamento paliaran la presión que se localizaba en mis sienes, a pesar de ello, ingerí el líquido de un trago y me dejé caer en una silla de la cocina. La superficie rígida y fría al contacto con mi piel desnuda me provocó un fugaz estremecimiento y, al agachar la cabeza, lo noté: efluvios de una madrugada de sexo emanando desde mis genitales. Reaccioné de inmediato apartando la cara pero, si bien logré evitar que ese olor siguiera perturbándome, no pude escapar de la última imagen que tenía de ella, tan reciente que seguía palpitando en mis retinas: se marchaba decidida, con el resto de la ropa bajo el brazo, y sin embargo, cuando se disponía a cruzar la puerta, se detuvo. Apoyó su brazo izquierdo en el marco antes de retorcer con suma elegancia su figura como el fuste de una columna salomónica. Luego me buscó con la mirada sacando todo el jugo a ese admirable instinto de desconfianza que tienen las mujeres al que aludía Balzac. No supe interpretar si en esos grandes ojos negros y brillantes se encerraba un «sígueme» o un «púdrete despacio»; si había desprecio o conmiseración, quizá rechazo, puede

incluso que ternura.

Orestes insiste en que no me empeñe en etiquetar emociones ajenas porque ni siquiera estamos capacitados para distinguir las nuestras. A pesar de ello, de alguna forma tenía que saber qué pretendía transmitirme aquella ninfa de nombre desconocido, porte refinado y glaciales facciones. Recuerdo que quise decir algo con la pretensión de retenerla, pero finalmente actué *in dubio pro reo*^[3] y se perdió escaleras abajo.

Mientras observaba desde la ventana cómo estilaba bizarría con cada paso que la alejaba de mí, rebobiné unas cuantas horas con el objeto de recabar toda la información que tenía de ella.

No intercambiamos demasiadas palabras, siguiendo un acuerdo no pactado, de esos que se cumplen en ausencia de rúbricas y promesas. La noche avanzaba entre copas y algo de coca cuando la vi entrar en el Zero Café, sola y discreta, como si se moviera arrastrada por alguna invisible corriente; como Afrodita surgiendo de la espuma del mar.

Una sirena en busca de Romeo.

Se entregó a la música sin dejar de mirar a la pantalla; y yo anclado en esos ojos. En ese instante supe que quería follármela, tenía que hacerlo, lo necesitaba, pero desde que Paloma me dio la patada no me había atrevido a nada que pudiera zaherir mi ya deteriorada autoestima. Poco después aconteció el mortal accidente de mis padres adoptivos y luego llegó Orestes. No estaba pasando por mi mejor momento y no me sonroja confesar que llegué a dudar de mis habilidades para la caza mayor. Así, busqué posta de más calibre en otro gin tonic y cuando me giré para localizar a la pieza, esta se había desplazado con sigilo hasta plantarse justo a mi lado. Me escrutaba de forma poco amigable con un cigarro aprisionado en los labios perfilados de un rojo incendiario, sugerente, espinoso. Abogué por salir del brete sin abrir la boca. Le ofrecí fuego antes de encender un Moods.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó.

—El que te andaba buscando —respondí.

Desde ese punto hasta que descubrí sus tatuajes solo hubo deseo contenido y palabras banales. Recuerdo dos de ellos con nitidez. El que ilustraba la cara exterior de su muslo izquierdo: la Santa Muerte mejicana cubierta con el manto de flores de la Virgen de Guadalupe adoptando una párvula pero instigadora pose orante. A sus pies una cámara de fotos de fuelle de la que parecía escapar la película de la misma forma que la vida abandona un

cuerpo: liviana. El otro adornaba el final de su espalda con una rosa azul de cuyo néctar se alimentaban dos golondrinas simétricas de vivo plumaje y trazo oriental.

Follamos como dos desconocidos: con esa pasión opuesta al impuesto compromiso.

Inmóvil en la fría silla de la cocina trataba de descifrar las claves gráficas encriptadas en esos tatuajes que me llevaran a la exégesis de esa última mirada. Me sentía como un soberano incapaz que busca respuesta en la interpretación de sus sueños. Yermos intentos, del todo impropios para una mente capacitada como la mía.

Y en algún momento reaccioné.

Lo primero que hice fue despojarme de las reminiscencias olfativas de Afrodita. Me castigué con unos minutos de vigorizante agua helada y, casi sin secarme, bajé al gimnasio. Conecté el iPhone por bluetooth a los altavoces y seleccioné el listado de Spotify nombrado como «Uppercut». Activé el modo aleatorio y la fortuna quiso que «Still Counting» de los daneses Volbeat fuera la primera en sonar. El arranque rítmico del tema y la voz de Michael Poulsen me supieron al punk rock que cocinaba The Offspring.

En ese momento no podía saberlo, pero se la estaba cantando a Orestes.

Counting all the assholes in the room,
well I'm definitely not alone, well I'm not alone.
You're a liar, you're a cheater, you're fool,
well that's just like me yoohoo and I know you too.
Mr. Perfect don't exist my little friend
and I tell you it again, and I do it again.
Counting all the assholes in the room, Well I'm
definitely not alone, well I'm not alone.

Cuando explotó la guitarra al más puro estilo death metal ya me había calzado las zapatillas, ajustado los guantes y descolgado el saco.

Well the music seems do cover
and all the liquid do the colours.
Well I turn my back and

go for all the better things in order.

Inicié la sesión con cuatro series de baja intensidad, combinaciones sencillas y golpeo blando. Cuando «Psychosocial» de Slipknot tomó el relevo ya lanzaba directos de derecha a golondrinas simétricas de vivo plumaje, ganchos al rostro de la Santa Muerte y *crochet* de izquierda a la maldita cámara de fotos de fuelle. Tuve que detenerme al notar que me quedaba sin aire en los pulmones. Recuperé alternando fintas con movimientos de pies girando alrededor de un saco que oscilaba como lo hacían mis pensamientos en la cabeza. Durante aquel breve reposo deduje que Afrodita quiso ser fría y distante para ocultar alguna debilidad, que se esforzaba en ser hermética para que no asomara ningún rasgo delator, que se entregó a mí con el único propósito de atraparme en su pérfida tela de araña. Porque las Nereidas se presentan bajo cualquier piel, tras abigarradas apariencias y multiformes caretas.

Pero yo daría con aquel cisne negro.

Con la esencia del talento.

Descomunal era mi tarea.

La música se interrumpió cuando entró la llamada de Orestes. Todavía jadeando activé el manos libres y subí las escaleras en busca de mejor cobertura.

–Dime –contesté.

–Hola, hermanito. ¿Cómo van las cosas por allí?

–Van.

–Y vienen –completó–, como las olas. Ya veo que te he interrumpido alguna sesión, solo quería saber si estaba todo en orden.

–En orden. ¿A qué te refieres?

–Lo sabes perfectamente.

–No. No lo sé –repuse sin amusgarme.

–Quiero saber si has cumplido con el procedimiento.

–He cumplido mi procedimiento.

–No me toques los cojones, Augusto, que no estoy para aguantar tus tonterías.

–Tú me has preguntado y yo te he respondido –expuse con un sosiego difícil de reconocer en aquella tesitura. Escuché que su respiración se aceleraba.

–Hermano, te lo voy a preguntar directamente y solo quiero escuchar un sí o no. ¿Has salido de casa después de que yo me marchara?

–Sí.

Un silencio perturbador precedió al estallido de la tormenta.

–¡El procedimiento es inalterable! ¡Maldita sea! ¿De qué sirve la planificación si no hay procedimiento? Pensé que esto ya te lo había dejado claro. Y el procedimiento establece que si uno sale el otro permanece.

–Tu procedimiento –objeté.

–¡El que establecimos los dos! –gritó Orestes.

–No, tú lo estableciste y yo no puse objeción. Hasta ayer –añadí.

–Maldita sea mi vida mil veces, Augusto. Dime que no has hecho ninguna estupidez. Que no te has colocado y que has puesto en peligro toda la planificación. ¡Llevo trabajando en esto demasiado tiempo como para que tú lo estropees en una noche! Dime, ¿qué hiciste anoche?

–Conocí a Afrodita.

De nuevo el mutismo.

–Ya veo. Otra tía. Otra mujer que se aprovechará de ti y se interpondrá entre nosotros –predijo erróneamente–. Otra Paloma. Otra zorra de grandes ojos negros y brillantes, ¿me equivoco?

–Te equivocas. Afrodita no es una mujer cualquiera, no es ninguna zorra, es un cisne negro. No le daré ninguna opción. Afrodita será la primera.

–¡¿La primera?!

Una estridente carcajada resonó en el auricular. Conocía bien esa forma de reaccionar. Orestes estaba al borde de perder los papeles.

–No sabes lo que estás diciendo, hermanito –arrancó usando un tono avinagrado, desabrido–. No te atreverás a iniciar nuestra obra mientras yo esté fuera. No tienes arrestos. Tus delirios de grandeza son tu mayor debilidad. No serías capaz de pisar una cucaracha sin mi permiso. No tienes cojones. Te voy a decir lo que vas a hacer. Escúchame con atención, Augusto. Vas a quedarte en casa muy quieto, quietecito, hasta que yo regrese el lunes. Entonces hablaremos y recolocaremos las piezas. ¿Me has entendido o te lo tengo que repetir?

–Te he entendido –confirmé–. ¿Tienes algo más que decir?

–Sí, me has decepcionado profundamente.

–Lo sé, no volverá a ocurrir. Te aseguro que a partir de hoy, 11 de septiembre de 2010, me voy a empeñar en que te sientas muy orgulloso de

mí. Te lo juro.

–Eso es lo que quería escuchar. El lunes nos vemos, Augusto.

–El lunes –repetí.

Colgué y busqué de nuevo mi reflejo en el espejo del recibidor.

–*Memento mori* –me dije.

Busqué refugio en Miguel Hernández y encontré cobijo en la aprehensión de esos versos, reflejo de mi alma, mitigadores, como el lejano sonido de un mar en calma. Empujada por las olas de mi memoria, una estrofa de «Elegía a Ramón Sije» se escribió con letras perennes en la arena de mi playa desierta:

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Y no había marea que pudiera borrarla.

Había anochecido en Valladolid cuando me vi caminando como un autómatas por la calle San Blas en dirección al Zero.

Siguiendo el camino de baldosas amarillas.

«Planificación: localizar y aniquilar a Afrodita antes de que desaparezca en la bruma. Procedimiento: hacerme invisible tras la identidad de Leopoldo Blume y empeñarme con pausa y pulcritud. No dejarme guiar por la voracidad. Perseverancia: que nada ni nadie me impidan iniciar mi obra».

Según abrí la puerta, me di de bruces con el vídeo de The Cranberries, «Promises». Acababa de empezar y, gritando las primeras estrofas con el brazo derecho en alto, me fui adentrando en el bar.

You better believe I'm coming.
You better believe what I say.
You better hold on to your promises.
Because you bet, you'll get what you deserve.

VERSOS, CANCIONES Y TROCITOS DE CARNE

La trilogía policiaca de moda en España



La historia que tiene en vilo a miles de lectores
Empieza a leer *Memento mori*, la primera entrega de la saga



EMPEZAR PORQUE SÍ (Y ACABAR NO SÉ CUÁNDO)

*Barrio de Arturo Eyries (Valladolid)
31 de octubre de 2010, a las 20:50*

El vaho no le permite ver con nitidez a través de la bolsa a pesar de ser transparente. El calor y la humedad se manifiestan en forma de sudor que nace en la frente y discurre por la cara en varios afluentes para terminar desembocando en el calcetín que tiene metido en la boca, hasta la campanilla. Hace ya tiempo que a Mercedes no le queda fuerza física ni psíquica como para pensar en que va a poder liberarse de la silla de madera en la que está sentada.

El parte de daños que le devuelve el cerebro no presenta cambios con respecto al último: dolor agudo en la frente, tumefacción en las muñecas, molestia en aumento en los hombros, agarrotamiento de la espalda, pinchazos en las cervicales, fatiga en el cuello y piernas totalmente dormidas.

Calor y humedad.

Agotada la vía terrenal, ha recurrido a la ayuda divina apelando a la Virgen de los Desamparados y rogando la intervención de san Judas Tadeo, pero siempre obtiene el mismo resultado: ninguno. A estas alturas, y tras dos desmayos, ya se ha encomendado al Altísimo y ha encontrado alivio en la analogía entre esa silla y la cruz.

Necesita un descanso y cierra los ojos.

Suda.

Todavía consigue respirar gracias al aire que se cuele por la parte inferior

de la bolsa. Baja la cabeza en busca de oxígeno, y se encuentra con el olor de su propia orina que sube en dirección opuesta. No soporta los olores corporales, ni siquiera los suyos. El impacto la obliga a inclinarse hacia atrás para favorecer la apertura de sus vías respiratorias. Aprovechando la postura, comete el error de tratar de inhalar aire. La condensación ha hecho que la bolsa se le adhiera a la cara y, al inspirar, el plástico se le introduce por las fosas nasales. Para apartarlo, sopla con fuerza por la nariz y busca una alternativa para no volverse a desmayar. Inclina la cabeza, y nota cómo los pulmones se llenan poco a poco de aire, de vida; lo retiene unos instantes antes de soltarlo despacio. El dióxido de carbono sale caliente, y hace subir la temperatura. Cree que, si por lo menos pudiera quitarse ese maldito calcetín que le roza la faringe, lograría concentrar las escasas fuerzas que le quedan en un único grito que alertara a Teresa, su vecina de arriba. Siempre tuvo buena voz, ¡cuántas veces se lo había demostrado a su hijo!

«¡Qué paradoja!», piensa.

El hecho es que, con sus repetidos intentos de hacer ruido, se ha desgastado tanto las cuerdas vocales que ya ni siquiera trata de emitir sonidos guturales. Ruega para poder librarse del maldito calcetín, pero la cinta adhesiva que lo sujeta no atiende a sus súplicas. Vuelve a ponerse en manos del cielo. Inspira de nuevo y espira lentamente.

Cuando vuelve a abrir los ojos, no distingue nada más que el contorno de la figura que le habla con voz sosegada.

—Voy a cambiarte la bolsa y a limpiarte un poco la cara, quiero enseñarte algo.

El hecho de poder respirar unos segundos sin la bolsa le otorga unos instantes de alivio.

Sus ojos imploran misericordia, pero ya ha asumido que él no se la va a conceder. Está siendo un largo calvario; no obstante, ha conseguido mantenerse firme, no ha cedido al martirio, como en su día también lo lograran santa Filomena y santa Bárbara. Tiene el convencimiento de que el torturador no va a salirse con la suya, y eso es lo único que la empuja a seguir luchando.

—¿Puedes ver esto? ¿La reconoces? —pregunta la voz.

Enfoca para centrarse en el objeto que tiene a escasos centímetros de la cara. Lo reconoce al instante. Emite un gemido que nace de su estómago, tan prolongado como le permite la escasa energía que le queda. Sus ojos,

anegados de lágrimas, se sincronizan con la nariz para liberar todo lo que ha sido capaz de retener durante el suplicio físico.

—Ahora es mía y solo mía —le susurra al oído la voz—. Tengo que confesártelo, la encontré antes de que llegaras. Sabía muy bien dónde buscarla. Se dice que uno encuentra las cosas en el último sitio donde las busca, pero en este caso yo la encontré en el primero. Solo quería saber hasta dónde eras capaz de aguantar. Enhorabuena, has superado todas mis expectativas; estoy orgulloso de ti.

Mercedes quiere revolverse en señal de protesta, pero su aparato locomotor ya no le responde. Solo puede concentrarse en esos dientes que asoman detrás de una sonrisa perfecta, tan blancos y tan bien cuidados... como los suyos.

Cierra voluntariamente los ojos y nota las lágrimas recorriendo sus mejillas para terminar siendo absorbidas por el calcetín; junto a la mucosidad, la saliva y el sudor, han empapado el tejido transmitiendo a sus papilas gustativas un gusto tan singular como repulsivo. Un nuevo sabor, el de la bilis, le advierte de la proximidad del vómito. Se concentra en contenerlo para no morir ahogada.

Lo consigue.

Trata de revertir todo el odio que siente en compasión. No lo logra, y asume que es consecuencia de su debilidad cristiana.

—*Memento mori*[\[1\]](#). Ya no tenemos más tiempo. Bueno, puntualizo: es a ti a quien se le ha acabado el tiempo.

Mercedes percibe ese olor a tabaco avainillado antes de sentir el plástico recubriendo de nuevo su cabeza. Reconoce el sonido de unos nudillos que precede de nuevo a la voz.

—Estos días he pensado mucho en la despedida. Tengo un poema que escribí para ti hace ya muchos años, creo que tenía diecisiete. Lo he retocado un poco y había pensado en leértelo, pero finalmente he decidido que no te lo mereces. Incluso me había planteado darte una noticia que no esperas, pero tampoco te lo has ganado. Te irás con otras palabras que no son mías, son de Till Lindemann; supongo que no le conoces. Eso sí, te lo voy a traducir para que puedas entender lo que digo, aunque dudo mucho que seas capaz de comprenderlo. Lo mismo da.

El inconfundible ruido que hace la cinta adhesiva al desprenderse del rollo rompe el silencio. Al pasar la segunda vuelta justo por encima de la nuez, Mercedes pide al cielo que sea la última vez que tenga que padecer la agonía

de volver de la muerte. Ya ha visto dos veces las luces del túnel, aunque no sabe que es debido a la reacción de su cerebro ante una inminente isquemia retinal por la falta de oxígeno. Por suerte para ella, el cielo sí la escuchará esta vez.

Unas palabras recitadas con forzada solemnidad centran la atención de sus oídos:

Un hombrecillo aparentó morir,
pues quería estar a solas.
El corazoncito se le detuvo durante horas;
entonces, se le dio por muerto.
Se le enterró en arena mojada
con una caja de música en la mano.

Ya no entra aire, pero aún puede respirar. La bolsa sigue el ritmo de su respiración; se pega a su cara cuando inspira, y se separa cuando espira. Trata de coger aire por la nariz y la boca al mismo tiempo. Ya no escucha la voz, solo el sonido del plástico. Su corazón late a ritmo de réquiem, como queriendo dejarle un buen sabor de boca en la despedida. Mueve la cabeza bruscamente hacia los lados y sus músculos se contraen. Trata de concentrarse en el rostro de Jesucristo para entrar de su mano en el Reino de los Cielos, pero la repentina falta de oxígeno le obliga a abrir los ojos por última vez. Se encuentra con la mirada atenta de quien no quiere perder detalle. Ojos pequeños, negros y afilados... como los suyos.

La bolsa es ya su segunda piel; prácticamente, no se despegaba de su cara y le tapa los orificios nasales y la boca. No quiere resistirse más, pero su sistema nervioso le niega la alternativa de rendirse. Inconscientemente, exhala con fuerza para tratar de dar la última bocanada de aire. Ya no queda oxígeno. Lo vuelve a intentar justo antes de perder el control de su esfínter. Las convulsiones no le impiden procesar las últimas palabras que oirá:

—¡Que empiece el viaje ya! Adiós, madre.

Se hace el silencio en la estancia. Ni siquiera el aroma del tabaco es capaz de esconder el hedor que ha traído la muerte.

Suena ... *Y al final*, de Enrique Bunbury, pero Mercedes ya no tiene activo ninguno de sus sentidos.

*Permite que te invite a la despedida,
no importa que no merezca más tu atención,
así se hacen las cosas en mi familia,
así me enseñaron a que las hiciera yo.*

Notas

[1] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Recuerda que morirás». Hace referencia a lo efímero de la vida.



HOY PÁRPADOS HINCHADOS TE CIEGAN

Residencia de Ramiro Sancho (barrio de Parquesol)

12 de septiembre de 2010, a las 9:47

Como un domingo cualquiera antes de las diez de la mañana, la presencia de vehículos en las calles de Valladolid era tan reducida como las ganas de recibir una llamada de trabajo durante el fin de semana. Habían transcurrido apenas treinta minutos desde que despertaron al inspector Sancho hasta que aparcó en la calle Real de Burgos, justo en la puerta del Instituto Anatómico Forense. El día había amanecido casi despejado, y el sol de principios de otoño invitaba a cualquier otra cosa que no fuese asistir a una autopsia dominical, pero el subinspector Matesanz, que estaba de guardia, le había alertado llamándole a su teléfono personal. Con voz apagada, le había dicho:

—Buenos días, Sancho. Lamento tener que molestarte estando todavía convaleciente, pero tendrías que venir de inmediato al Anatómico.

El inspector llevaba desde el viernes amarrado a la taza del váter, esclavizado por una gastroenteritis aguda que le había vaciado el cuerpo. El otro cuerpo, el de Policía, le pedía que estuviera presente en la autopsia de un cadáver encontrado solo unas horas antes.

—¡Hay que joderse, Matesanz! ¿Qué tenemos? —quiso saber incorporándose de la cama con cierta lentitud.

—El cadáver de una joven de unos veinticinco años, mutilada, encontrada en el parque Ribera de Castilla.

—En media hora estoy allí.

Colgó.

Ramiro Sancho cumplía su tercer año al frente del Grupo de Homicidios de

Valladolid. A sus treinta y nueve, todos le conocían como Sancho, ya nadie le llamaba por su nombre de pila. En realidad, ya nadie le llamaba. Desde que se separó y consiguió el traslado a casa, había decidido encerrarse en sí mismo y en su trabajo. A los pocos meses de sacar la oposición de inspector de policía, fue destinado a la Unidad Territorial de Información de San Sebastián. Allí había hecho su vida hasta que la ruptura con Nagore le hizo replantearse el futuro. Tras dos años de espera, surgió repentinamente la vacante en Valladolid en forma de jubilación anticipada y no se lo pensó.

La barba pelirroja le hacía aparentar más edad. Sancho lo sabía, pero le encantaba; había sido su acto de rebeldía más importante de los últimos años. Tirarse de los pelos de la barba y pasarse la mano por la mandíbula se había convertido ya en una manía, pero era su manía. Cuando terminó de instalarse en su nueva casa del barrio de Parquesol, se hizo con una maquinilla para afeitarse la cabeza, y hacía unos meses que había empezado a raparse al uno. Su frente, cada vez más despejada, hacía que sus pobladas cejas y su barba destacaran aún más entre sus rasgos faciales. Ser pelirrojo y tener los ojos claros no le ayudaba precisamente a pasar desapercibido en España; sus ciento ochenta y siete centímetros de altura, tampoco. De gesto reservado, voz grave y sonrisa tan poco frecuente como natural, era un tipo de campo encerrado en la ciudad. Sancho seguía practicando deporte siempre que podía, aunque últimamente las sesiones se habían visto reducidas a correr por el barrio los fines de semana. Ahora bien, fumar no fumaba. Había jugado al rugby en su juventud, hasta que lo tuvo que dejar a los veinticuatro por una lesión de rodilla y para terminar sus estudios de Derecho en la Universidad de Valladolid. Los domingos solía subir a Pepe Rojo para ver jugar a su equipo, pero las circunstancias de ese día le habían llevado, todavía escaso de fuerzas, hasta la puerta del viejo y deteriorado edificio del Instituto Anatómico Forense.

Esa no era, ni mucho menos, la primera vez que tenía que pasar por el trago de ver un cuerpo sin vida. De hecho, había visto unos cuantos durante su etapa en San Sebastián, pero los escasos datos que le había proporcionado Matesanz sobre los hechos retumbaban en su cabeza como un estribillo de Georgie Dann.

Frente a la sala de autopsias número uno, la saliva le supo a formol antes de llamar a la puerta.

—Sancho, buenos días; tan puntual como de costumbre —observó el

subinspector Matesanz abriéndole la puerta—. Siento haberte molestado, en breve entenderás el motivo.

—Tranquilo, ellos no saben de fines de semana —contestó intentando quitar hierro al asunto al ver el semblante extrañamente abatido de Matesanz.

—Ahí tienes todo lo necesario, te aconsejo que te pongas la mascarilla. Los de la científica se han ido hace unos minutos; dentro está solo Villamil y no hace falta que te diga lo rápido que trabaja. La autopsia no está concluida del todo, pero habla con él y te pondrá al corriente. Yo necesito algo de aire.

—Está bien, Matesanz, tómate un respiro. Cuando termine aquí, te llamo.

—Muy bien, luego hablamos —dijo despidiéndose apresuradamente.

Conocía a Patricio Matesanz desde hacía solo tres años. Le faltaban apenas unos cuantos más para pasar a segunda actividad, pero él era de esos policías para los que desprenderse de la placa era como arrancarse la piel. El subinspector era el más experimentado del grupo; un soriano parco en palabras y de expresión tan apagada como solemne, un castellano recio. Todo un referente para el grupo. Desde el primer día en que Sancho se hizo cargo del puesto, Matesanz le había brindado todo su apoyo. A su manera, le facilitó el acercamiento al resto de compañeros y, en pocas semanas, le enseñó cómo funcionaban las cosas en Valladolid. En aquel momento, el Grupo de Homicidios de Valladolid trabajaba como un reloj suizo, y eso se debía a Matesanz en gran parte. Al margen del afecto personal que le profesaba, respetaba y admiraba su trayectoria profesional. Él nunca trabajaba sobre hipótesis, solo sobre indicios y pruebas. Muchos eran los casos que se habían resuelto gracias al buen enfoque de la investigación aportado por el subinspector. Ver la cara desencajada de un policía tan experimentado y notar su voz agrietada hizo que agudizara todos sus sentidos.

Inspiró lenta y profundamente, notando cómo se hinchaban sus pulmones antes de soltar el aire por la boca, muy despacio. Al hacerlo, el olor intenso a alcohol y a cloro de los desinfectantes, antisépticos y demás bactericidas le penetró hasta la base del cráneo para abofetearle la pituitaria. A duras penas, superó las ganas de teletransportarse al baño más cercano y, mientras terminaba de atarse la mascarilla y de ajustarse los guantes, reflexionó sobre lo paradójico que resultaba tanta desinfección en aquel lugar gobernado dictatorialmente por la muerte. Levantó la mirada hacia la camilla donde podía distinguirse el cuerpo inerte de la víctima tapado por completo. De

espaldas, reconoció las canas de Manuel Villamil, uno de los once médicos forenses de la ciudad, con el que Sancho guardaba una relación más que cordial. Villamil estaba apoyado sobre sus brazos y miraba inmóvil lo que debía de ser el informe preliminar de la autopsia.

—Buenos días, Manolo. El buen cirujano opera temprano.

No hubo respuesta.

—Manolo, ¿qué tenemos? —insistió.

—Querrás decir qué no tenemos —respondió Villamil con voz queda—. ¿Sabes, Sancho? Es en días como estos cuando maldigo el momento en el que dejé de fumar. Necesito un Ducados para fumármelo en dos caladas.

—Manolo —interrumpió Sancho impaciente—, solamente cuento con la información que me ha dado Matesanz hace unos minutos: un cadáver de una joven de unos veinticinco años encontrado en el parque Ribera de Castilla. Sé también que ha sido mutilada, pero no tengo más detalles.

—Mutilada, sí, pero esto no se ajusta a nada que yo haya visto antes, y no soy precisamente un yogurín. ¡Coño, Sancho, que mi hija Patricia tiene su misma edad!

—¿Por qué no empiezas por enseñarme el cuerpo? —propuso posando la mano sobre el hombro del médico de forma afectuosa.

—Claro, disculpa.

Villamil se acercó a la manta térmica que cubría el cuerpo y la retiró.

—¡Hay que joderse, Manolo! —exclamó llevándose la mano instintivamente a la boca—. Pero ¡¿qué mierda...?!

El impacto inesperado de ver un cadáver con la mirada fija y extinta le hizo morderse el dorso de la mano a través de la mascarilla antes de volver a preguntar:

—¡¿Qué le han hecho a esta chica?!

—Se los ha cortado —reveló el galeno—. No diría que es el trabajo de un cirujano, pero son cortes limpios, y eso me lleva a pensar que, para nuestra tranquilidad y la de su familia, fueron post mórtem, y que no le tembló el pulso al desalmado que lo hizo. Presenta dos incisiones verticales en cada uno de los cuatro párpados, y otra horizontal que, curiosamente, hace la forma del globo ocular; lo cual nos lleva a pensar que la hoja debía ser necesariamente curva.

—¡Hay que joderse! —repitió Sancho mientras se recuperaba del *shock* y se tiraba inquieto de los pelos de la barba que le asomaban por debajo de la

mascarilla—. ¿Cuál fue la causa de la muerte? Supongo que esas marcas del cuello tienen mucho que ver —anticipó el inspector.

—Efectivamente, murió por estrangulamiento; tiene la tráquea aplastada. Todo indica que el mecanismo de la muerte fue anoxia anóxica. La leve cianosis facial y la equimosis puntiforme que se aprecia en el rostro no dejan lugar a dudas. Hay restos de orina de la propia víctima en el vello púbico y cara interior de los muslos a causa de la incontinencia urinaria que se originó en los instantes previos a la parada cardiorrespiratoria —explicó con asepsia el forense.

—¿Sabemos cómo la asfixió?

—Algo que tenemos claro es que no se ayudó de objeto alguno. La falta de marcas de los pulgares indica que, muy probablemente, fuera una estrangulación antebraquial aplicada sobre la laringe.

—Entendido. ¿Ningún signo más de violencia?

—Ninguno. No se aprecian señales de ataduras ni mordazas; tampoco encontramos otros hematomas ni presenta indicios de haber sido violada. Se observan algunos arañazos, también post mórtem, en cara, cuello y extremidades como consecuencia de haber sido arrojado el cuerpo ya sin vida a los matorrales en los que fue encontrado. Todo está debidamente recogido en el informe.

Sancho, ya sosegado, siguió preguntando:

—¿Restos visibles bajo las uñas?

—Nada que yo haya podido apreciar a simple vista —certificó de inmediato Villamil, como esperando la pregunta—. Voy a proceder a la amputación de las falanges distales para enviarlas a Madrid.

—Necesitamos darle prioridad en el laboratorio. No podemos esperar un mes a los resultados.

—Bueno, de eso ya os encargáis vosotros.

—Correcto. ¿Y lo de los párpados? ¿Qué sentido tiene? —cuestionó al tiempo que volvía a clavar la mirada en los ojos mate de la joven.

—Sancho, no creo que buscar el sentido de las cosas sea tarea vuestra; lo que tenéis que hacer es atrapar al desalmado que hizo esto.

—Lo sé, lo sé, solo pensaba en voz alta —aclaró el inspector mirando a Villamil—. Por cierto, ¿se han encontrado los párpados?

—No. Según parece, se los llevó de recuerdo.

—Mierda puta —concluyó antes de hacer una pausa—. Dime todo lo que

sepamos hasta ahora, necesito información.

Manuel Villamil cogió la primera hoja del informe y empezó a leer.

—La víctima está debidamente identificada. Se le encontró la documentación encima, y la necrorreseña no deja lugar a dudas. Se trata de María Fernanda Sánchez Santos, nacida en Ecuador, de veinticuatro años, ciento cincuenta y siete centímetros y cincuenta kilos de peso. Pelo negro y ojos marrones oscuros. Hija de Hilario Sánchez, ecuatoriano, fallecido, y María Santos, española. Residía con su madre en España desde 2005 con dirección en el número dieciocho de la calle Lope de Vega.

—Habrá que contactar con el consulado para notificar el hecho. Entiendo que su familia ya ha sido informada.

—Supongo que sí —conjeturó Villamil sin levantar la vista del informe—. Esa labor os corresponde a vosotros.

Villamil iba a continuar, pero el inspector preguntó de nuevo:

—Espera, Manolo, has dicho que vivía en la calle Lope de Vega. En La Rondilla, ¿no? Eso está muy cerca del parque Ribera de Castilla, donde fue encontrado el cuerpo.

—Así es, yo diría que está a menos de diez o quince minutos andando.

El forense continuó leyendo.

—El cadáver fue encontrado por un joven que hacía *footing* por la ribera del río, parcialmente oculto entre unos arbustos a la altura del Centro de Piragüismo Narciso Suárez, sobre las ocho y media de la mañana. El cuerpo se encontraba vestido; blusa blanca, pantalones vaqueros y botas negras. La inspección ocular del lugar concluye que no fue asesinada allí al no encontrarse ningún signo de lucha ni rastros de sangre. Los de la científica aseguran que la mataron en otro sitio y, posteriormente, la dejaron en el lugar donde fue encontrada. Como te decía, mi informe lo corrobora.

—Bien, sigamos. ¿Data de la muerte?

—No hay signos de descomposición, y en el levantamiento del cadáver se aprecia rigidez en fase de instauración. Diría que lleva muerta unas cinco horas, no más de ocho casi con total seguridad; probablemente fuera asesinada entre las tres y las siete de la mañana del sábado. Ya sabes que todo esto es estimativo.

—Lo sé, pero también sé lo poco que suele equivocarse Manuel Villamil.

—Tú mismo.

—¿Quién se encargó del levantamiento del cadáver?

—La juez Miralles lo firma.

—Ahí hemos tenido suerte, Aurora suele ser bastante diligente con los casos que caen en sus manos.

—Sí, yo también lo creo.

—¿Eso es todo? —preguntó sin dejar de mirar a los ojos de la víctima.

—Todo lo que tenemos hasta el momento, aparte del poema.

—¿El poema? ¿De qué me estás hablando? —preguntó el inspector con aparente frialdad.

—¿Es que no te lo han dicho?

—A la vista está que no.

—El que hizo esto, además de un hijo de su madre, es un proyecto de poeta o algo así.

—Dime, Manolo, ¿qué habéis encontrado?

—Lo que él quería que encontráramos —respondió Villamil mientras se volvía hacia la mesa que tenía a su espalda—. Precisamente, lo estaba releyendo cuando has llegado.

—Un segundo, ¿damos por hecho que es un hombre?

—Bueno, no lo sabemos con certeza. No obstante, me juego tu pensión a que el que hizo esto fue un hombre. Una mujer no mata de esta forma. Cuando leas el maldito poema, coincidirás conmigo: se trata de un hombre.

Villamil hizo una pausa y, volviéndose al escritorio, indicó:

—Aquí lo tienes.

Con unas pinzas, agarró un fragmento de papel de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho en el que se podía distinguir un texto.

—¿Dónde estaba esto? —quiso saber mientras examinaba el trozo de papel.

—En esta bolsita de plástico, en su boca. El papel estaba doblado en cuatro y colocado minuciosamente dentro de la bolsita.

—¿Sabemos quién es el autor?

—Ni idea, pero por el contenido me vuelvo a jugar tu pensión a que lo escribió el propio asesino.

—Te confieso algo, Manolo —dijo el inspector dejando caer la mirada al suelo—, tengo la impresión de estar viendo una de esas películas americanas del típico asesino en serie superdotado que deja pistas a los guapos e intrépidos detectives para jugar con ellos.

Sancho se acercó a la nota para tratar de leer el texto escrito a máquina,

pero Villamil le interrumpió.

—No fuerces la vista, chaval. A tu edad, no es bueno —soltó con ironía—. Ya lo hemos transcrito y adjuntado al informe. Siéntate —le indicó Villamil al tiempo que movía el ratón del ordenador que tenía encima de la mesa.

Se sentó a leer.

Afrodita

Cuando la sirena busca a Romeo,
de lujuria y negro tiñe sus ojos.
Su canto no es canto, solo jadeo.

Fidelidad convertida en despojos
a la deriva en el mar de la ira,
varada y sin vida entre los matojos.

No hay semilla que crezca en la mentira,
ni mentira que viva en el momento
en el que la soga juzga y se estira.
Tejeré con la esencia del talento
la culpabilidad de los presuntos.
¡Y que mi sustento sea su aliento!

Caminaré entre futuros difuntos,
invisible y entregado al delirio
de cultivar de entierros mis asuntos.

Afrodita, nacida de la espuma,
cisne negro condenado en la bruma.

—Basura poética —juzgó tras leerlo dos veces—. Nunca me ha gustado la poesía, no la entiendo o no la quiero entender. En esta, a simple vista, yo diría que el móvil podría ser un desengaño amoroso; ya sabes, para el amor y la muerte, no hay cosa fuerte. Parece que pretendiera justificar su crimen. En la última parte anuncia y advierte que va a seguir por ese camino, tipo justiciero misterioso. Tendremos que salir a su encuentro lo antes posible.

—Inspector Sancho, me da la sensación de que no va a ser nada fácil ni rápido agarrar a este malnacido.

—Manolo, le atraparemos. Cuando cometa un error, ahí estaremos nosotros.

—Precisamente eso es lo que me preocupa.

—¿El qué? —preguntó sorprendido.

—Que para que cometa algún error, tendrá que matar de nuevo.

El Campo Grande
Zona del paseo de Zorrilla

El cielo estaba sospechosamente limpio de nubes y el sol de mediodía animaba a huir de las zonas sombrías. Los veintisiete grados centígrados que marcaba el termómetro del Campo Grande habían empujado a muchas familias a disfrutar de un domingo tranquilo en la zona verde más importante de la ciudad. Los rayos que se filtraban entre los castaños, las palmeras y los arcos formaban bonitas figuras sobre el asfalto que ya pisaban muchas suelas nuevas a esas alturas de la mañana. Olía a matinal de domingo, a hierba recién cortada, a vainilla y a tierra húmeda pisada. Podía escucharse el piar de cientos de pájaros alborotados en un día sorprendentemente caluroso para esa época del año en Valladolid.

Sin embargo, a él toda esa eclosión de la madre naturaleza le importaba bien poco en ese momento. Él amaba los espacios verdes, pero los disfrutaba en solitario y aquel no era precisamente el día. Había ido a rematar la faena, y prefería zambullirse en su música que escuchar a los pájaros piando. Caminaba sereno, luciendo media sonrisa y gafas Ray-Ban de cristales amarillos, modelo piloto. El pelo, bien cortado y despeinado a la moda. Recién duchado y perfumado, con oportuna barba de tres días. Sus vaqueros y zapatillas, de marca. De complexión atlética, vestía una sudadera de capucha azul marino sobre camiseta blanca.

Continuó caminando, despacio, buscando encontrarse con miradas, gustándose. Sonaba *Me amo*, de Love of Lesbian. La voz de Santi Balmes era especial, distinta, con sello propio, como él. No era ni mucho menos la canción que más le gustaba del grupo, pero era la que encajaba en ese preciso momento. Subió el volumen del iPhone para cantarla:

*Hoy voy a decirlo: ¡Cómo me amo!
Tú ya no puedes hacerme daño.
Soy un ser divino, ven a adorarme.
¡Qué buena suerte, amarme tanto!*

Se reía y aplaudía mientras seguía caminando. Sabía perfectamente adónde quería ir, y estaba pletórico. Giró a la izquierda para llegar a la zona del estanque.

—Es domingo. ¡Cojones! —pensó en alto.

El lugar estaba infestado de familias con niños que esperaban pacientemente para darse una vuelta en la barca del Catarro.

*Oh, el síndrome universal,
la vida te sentó en un diván,
contando todo tipo de traumas.
Oh, podrías pensar un rato en él,
quería estudiar, recuerda cómo te empujaba.
Y quedó segundo, uuuhhh.*

—Mierda de niños —murmuró con desdén mientras se paraba un momento buscando el sitio adecuado.

*Hoy voy a decirlo: ¡Cómo me amo!
Tú ya no puedes hacerme daño.
Soy un ser divino, ven a adorarme.
¡Qué buena suerte, amarme tanto!*

Entonces, le asaltaron imágenes de ese mismo lugar algunos años atrás. De domingo con sus padres adoptivos. Su madre le había contado miles de veces la historia del Catarro, un hombre que llevaba treinta años dedicado a pasear a los niños en su barca, *La Paloma*, mientras amenizaba el viaje con vivaces historias. De repente, se vio subido en esa barca, escuchando otra vez el mismo maldito cuento de la bruja que vivía en una gruta detrás de la cascada. Por aquel entonces, tendría ocho años y ya sabía lo que era una bruja. Lo sabía perfectamente, y nada tenía que ver con lo que contaba ese viejo

estúpido a los niños, que le escuchaban boquiabiertos, estupefactos. Le hubiera gustado tanto tirarle por la borda con su ridícula gorra de marinero puesta...

Se rio bruscamente al pensarlo, y una pareja que pasaba a su lado se sobresaltó antes de dedicarle una mirada cargada con cierto hálito de desprecio. Recordó también cuando su madre adoptiva le contó que se había muerto el Catarro. Sintió algo parecido a la pena, pero no podía tratarse de eso, pues él ya no podía sentir pena por nada ni, mucho menos, por nadie.

De vuelta al presente, se dirigió al kiosco en el que se agolpaban varios niños comprando aperitivos para dar de comer a los animales a pesar de los carteles que lo prohibían expresamente. Pero en el Campo Grande, la tradición se impone a las normas. Se apartó para evitar cualquier contacto con los pequeños, esperó ansioso su turno y compró una bolsa pequeña de patatas fritas por un euro.

—Ladrones —murmuró.

Siguió caminando, buscando un sitio que estuviera bastante menos concurrido. Ya no deseaba encontrarse con miradas, sino con anátidas.

«Quizá un poco más adelante», lucubró.

Recorrió visualmente todo el escenario hasta que dio con el sitio. Siguiendo un camino que subía por la parte de atrás del estanque, la presencia humana disminuía de forma proporcional al incremento de aves acuáticas. Unos pocos metros más arriba, había una zona seca bastante apartada, alejada de posibles miradas entrometidas. Caminando sin dejar de estudiar cuanto le rodeaba, llegó hasta el lugar y comprobó con satisfacción que allí descansaban, al cobijo de una gran palmera, dos ocas, tres patos y un cisne negro.

—Afrodita, preciosa, precisamente a ti te estaba yo buscando —le confesó al cisne con notable júbilo.

Algo inquieto, se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros para sacar una bolsa de pequeño tamaño. Miró a su alrededor y quitó el sonido de su iPhone, no había nadie. Estrujó el envase de las patatas y tiró la mitad de su contenido al alcance de las aves que, inmediatamente, se acercaron a picotear. Examinó de nuevo el lugar para cerciorarse de que nadie estaba observando. Era el momento. Mezcló a conciencia el contenido de su bolsa con las patatas, esperó unos segundos y lo volcó todo a escasos centímetros de las ocas, que ya habían ganado la partida a los patos. El cisne negro, de

mayor tamaño que las otras, se unió al festín abriéndose paso con la distinción de una dama de alta alcurnia.

En el suelo, entre las patatas, podían distinguirse los cuatro trocitos de carne.

—¡Vamos, vamos, vamos! Todo vuestro —animaba a las anátidas sin perder detalle de la escena.

Iba contando mentalmente los pedacitos de piel que quedaban al tiempo que eran engullidos por las aves. El cisne se tragó el último párpado con suma elegancia y, en ese momento, le pareció el animal más hermoso del mundo. Cuando no quedó nada, le susurró con fingida solemnidad y caricaturizada sonrisa:

—Ya nos veremos, querida Afrodita. *Ad kalendas graecas*^[2].

Acto seguido, sacó del bolsillo de la sudadera los guantes que había utilizado la noche anterior. Se agachó para coger una piedra de tamaño medio y la metió junto con los guantes dentro de la bolsa. Una vez hecho esto, la cerró herméticamente, caminó hasta otra zona con mejor acceso al agua, volvió a cerciorarse de que nadie le miraba y la dejó caer al estanque sin más.

Dio media vuelta y se encendió un Moods. Subió el volumen de la música, sonaba *La parábola del tonto*, y se acercó a la fuente de la Fama para disfrutar por un instante de la tranquilidad que reinaba en aquel espacio natural.

Sentado en un banco, se entretuvo unos minutos cuestionándose a cuántos metros podría llegar de una buena patada ese caniche recién salido de la peluquería que estaba olisqueando la papelera situada frente a él. Reconoció de inmediato el ritual canino que precede a la inminente impronta de orina sobre el mobiliario urbano. Sin perder detalle del evento, pensaba en cuál sería la mejor opción. La primera era la que le pedía el cuerpo: darle una patada con carrerilla empleando toda la fuerza que le nacía de la repulsión. La otra alternativa era fruto de la táctica y la estrategia. Consistía en acercarse a su objetivo con la serenidad de un banderillero, buscar la precisión del golpe y ajustar bien el ángulo para que cogiera altura, ganando así el máximo número de metros. Descartó la primera al sopesar la posibilidad de despanzurrar al animal en el envite, porque no estaba dispuesto a adornar sus Bikkembergs blancas con pedazos de distintos órganos internos caninos. Así, al final de su debate interior, estaba prácticamente seguro de que podría superar con creces la altura de la fuente golpeando con la fuerza adecuada en

la caja torácica. Solo le quedaban por disipar algunas dudas razonables: por un lado, si el animal moriría en el momento del despegue o al tocar tierra; por otro, si el chillido del chucho amortiguaría el sonido del crujir de sus costillas. Cuando el caniche terminó de marcar el territorio, ajeno al peligro, le dedicó una mirada de desprecio al tiempo que iniciaba, con suma arrogancia, un trote altivo hacia su dueña.

—Si tú y yo estuviéramos solitos, no me mirarías de esa forma, estúpido chucho disfrazado de oveja. Ahora estarías bien reventado por dentro y con tu sucia lengua por fuera —aseguró dejando escapar el humo de la última calada.

Algo frustrado y aburrido de ver carreras de madres con carritos y niños disfrazados de domingo, se levantó del banco en busca de la salida. En el camino, se cruzó con el busto de Rosa Chacel y se paró a mirarlo. Siempre le había llamado la atención, no sabía por qué. Se quitó las gafas de sol y le declaró con rotundidad:

—*Deus dedit, Deus abstulit*^[3]. ¿Verdad, doña Rosa?

Paseando por los senderos del Campo Grande, de regreso a casa, algo inesperado le hizo detenerse en seco. Unos tres metros delante de él, un pavo real estaba cruzando el sendero. Los había visto cientos de veces, pero este era especial y parecía querer decirle algo. Tenía el cuello azul turquesa, brillante, y una enorme cola verde que arrastraba por el suelo con la elegancia de una modelo de sangre azul. El animal se detuvo, le miró y, repentinamente, extendió la cola mostrando decenas de ojos azul turquesa y verde que parecían estar diciendo: «Te hemos visto». Durante esos segundos, sintió algo raro parecido al miedo recorriéndole el cuerpo. Se quedó paralizado ante el pavo real sin poder dejar de mirar a todos aquellos ojos acusadores. Pasados unos segundos que se le hicieron eternos, el ave recogió la cola y emprendió la marcha buscando encontrarse con miradas, gustándose.

Se perdió por la acera de Recoletos, pensativo, algo intranquilo, casi malhumorado.

Notas

[2] Expresión latina que se traduce al castellano como «hasta las calendas griegas». Hace

referencia a algo que no sucederá jamás, ya que en Grecia no existían las calendas, que formaban parte del sistema de división temporal de los romanos. El origen de esta expresión se atribuye al emperador Octavio Augusto.

[3] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Dios lo dio, Dios lo quitó».

Notas

[1] Isla que se menciona en *La Odisea* y cuya ubicación real se desconoce. Allí habita la ninfa Calipso que consiguió retener a Odiseo durante siete años ofreciéndole la inmortalidad a cambio de permanecer junto a ella.

[2] Expresión latina que se traduce al castellano como: «La amistad que puede dejar de ser nunca fue verdadera».

[3] Expresión latina que se traduce al castellano como: «En caso de duda, fallar a favor del acusado». Principio jurídico.

Sobre el autor

César Pérez Gellida nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Ha desarrollado su carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las telecomunicaciones y la industria audiovisual hasta que en 2011 decidió trasladarse con su familia a Madrid para dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor.

César Pérez Gellida irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía Versos, canciones y trocitos de carne, que continuó con *Dies irae* y que se cierra ahora con *Consummatum est*. Actualmente colabora como columnista en *El Norte de Castilla*.

Puedes contactar con el autor a través del medio que prefieras:

Email: cesar@perezgellida.com

Facebook: <http://www.facebook.com/cesar.perezgellida>

Twitter: [@cpgellida](https://twitter.com/cpgellida)

Web: www.perezgellida.com

© 2014, César Pérez Gellida

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-918-2

Diseño de cubierta: Beatriz Tobar López

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |